

DEL TRABAJO FEMENINO EN UNA SOCIEDAD REALMENTE PRÓSPERA

Karen Cancinos¹

Una cría y un bebé

En el pensamiento occidental subyace la idea de que el trabajo dignifica, por ser una actividad privativa del ser humano. Los animales actúan mas no trabajan. La forma en que se organizan para acumular provisiones, cazar, migrar, responde al instinto natural. Una cría de león cazará cuando alcance la adultez: su naturaleza *determina* qué hará: su comportamiento es predecible.

No se sabe, en cambio, lo que un bebé de pocos meses hará cuando alcance la adultez. Tiene una naturaleza potencial, con capacidad de raciocinio, indagación e interioridad. Pero a diferencia de un cachorro de león, no todo en lo que se convierta dependerá solo de sus habilidades innatas: el bebé en cuestión crecerá en una particular cultura². Trabajará, no meramente actuará. En qué consista ese trabajo no está *determinado*, aunque sí se verá *influido* por una miríada de factores, tanto innatos (vocacionales) como adquiridos (societarios).

Una confusión peligrosa

De ahí que el trabajo sea una actividad privativa del hombre. De ahí también que nos “humanice” en el sentido de hacernos cooperativos en sociedad. Porque ningún trabajo se realiza en función propia. Una reflexión en primera persona: “mi vocación y aptitudes coinciden en tal oficio o profesión, así que la desempeño



para realizarme y, de paso, prosperar financieramente”, no anula el hecho de que vocación y aptitudes son puestas al servicio de los demás. En una isla desierta no existe posibilidad de realización profesional para un hipotético náufrago, porque no hay otros que consideren su trabajo como valioso.

Por eso el trabajo dignifica: lo que hacemos tiene *valor* para alguien. Usualmente la expresión de ese valor es monetaria³. Ahora bien, esa medida no es intercambiable con el valor de nuestra persona, es decir, con nuestra *valía* como seres humanos. *La dignidad de la que estamos revestidos no se puede tasar. En cambio, el valor de nuestra actividad en función de otros, sí.*

Es importante enfatizar esto porque en la actualidad cunde una confusión: la *valía* de la persona (dignidad, *categoría ontológica*) se ha equiparado con el valor de su actividad laboral (giro profesional, nivel salarial, *categorías económicas*). Advertir los peligros de esta confusión es el objetivo de este texto. Por ahora examinemos cómo la idea de que el trabajo dignifica se introdujo en el *ethos* de Occidente.

La dignificación del trabajo

A un romano educado del primer siglo de nuestra era, no se le hubiese ocurrido trabajar con sus manos o dedicarse al comercio. De hecho, lo que más molestaba a muchos de aquel culto surgido en Judea y que al principio confundieron con una secta seguidora de alguna religión oriental del misterio (Sunshine, 2009, p. 41), era que el grueso de los adeptos de Jesús estaba constituido por artesanos y pescadores. Era inaudito que trabajadores manuales pretendieran erigirse en pensadores y maestros (Aquilina y Papandrea, 2015, p. 77).

Y es que el trabajo manual era vulgar y denigrante, una actividad propia de gente de baja estofa o de esclavos. No se sabe con certeza cuántos esclavos había en la península itálica en los inicios del cristianismo, pero se estima que bajo la égida imperial romana un tercio de la población o había sido esclavizada, o había nacido esclava. Es verdad que algunos esclavos eventualmente podían comprar su libertad y que tenían algún grado de libertad de locomoción, pero por lo general sus vidas eran durísimas. No eran personas sino cosas, propiedad de alguien, y por ende podían ser violados, echados a la calle por vejez o enfermedad, vendidos como gladiadores al circo, apaleados o explotados en el trabajo

hasta la muerte. Era más barato comprar esclavos nuevos que mantener a los que ya se poseían en condiciones apropiadas para la labor, sobre todo agrícola y de construcción (Aquilina y Papandrea, 2015, pp. 80-82).

El cristianismo resultó un remezón de todo lo que en las sociedades paganas se sostenía como el orden natural de las cosas, y que pasaba por: a) un rígido orden estamental; b) la noción de “honor” en función de la adscripción social, que el cristianismo reemplazó por la de “dignidad” en función de la condición individual de hijo de Dios, y c) la idea de que el trabajo era apropiado solo para los inferiores de la sociedad.

El antecedente de la dignificación del trabajo

No todo el mundo precristiano era pagano, sin embargo. Los judíos tenían una perspectiva del trabajo diametralmente distinta de la pagana. Si el Señor había trabajado para crear el universo, ¿por qué ellos, su pueblo escogido, habían de hacer menos? La idea de que el trabajo es una labor de colaboración con el Creador no es cristiana sino judía, pero los primeros cristianos fueron judíos. De ahí que consideremos como uno de los fundamentos de Occidente a la herencia judeocristiana, no solo en cuanto al monoteísmo teológico sino también en otras ideas fundacionales de nuestra civilización, entre ellas la referida a lo que es el trabajo y lo que significa (Aquilina y Papandrea, 2015, p. 86).

Fue también en el pueblo judío en donde surgió la idea de un día de la semana dedicado al descanso, específicamente el sábado. A los romanos les parecía un signo de pereza: consideraban que el *Sabbath* judío era una extravagancia negligente. No es que fuesen muy industriosos: ya hemos subrayado su visión del trabajo manual y comercial. Pero hacer descansar a sus esclavos les parecía un desperdicio (Aquilina y Papandrea, 2015, p. 87).

Los judíos, sin embargo, observaban escrupulosamente el *Sabbath* no por razones de ocio o consideración hacia los esclavos, sino porque esa era su Ley (véase Éxodo 20: 8-11). El *Sabbath* judío siguió siendo observado por los cristianos, cambiando del último día de la semana (sábado) al primero (domingo). Pero los cristianos santificaron el día ya no solo para imitar el descanso que el Señor se había tomado después de la Creación (véase Génesis 2: 2-3), base de la prescripción judía, sino principalmente para celebrar el triunfo de Cristo sobre la muerte definitiva.



Pero al igual que los judíos, consideraron al trabajo ya no como signo vergonzoso de esclavitud o inferioridad social, sino como una forma de participación en la Creación, un unirse a Dios usando lo que Él les había conferido: manos, mente, fuerza, salud, aptitudes. Jesús había dado el ejemplo trabajando a las órdenes y bajo la guía de José el carpintero, su padre terrenal.

Ora et labora

Fue así como los cristianos comprendieron que trabajar era bueno para el alma. Pero también para el mundo en el que vivían. Los esclavos libertos, por ejemplo, prosperaron y hubo quienes llegaron a ser más ricos que sus antiguos amos, porque tenían el hábito de trabajar. La diferencia entre los libertos cristianos y los que no lo eran radicaba en sus motivaciones para laborar: los primeros lo hacían por y para Dios⁴.

En cuanto al ocio, los cristianos, como los judíos antes que ellos, lo consideraron un medio para rendir culto a Dios, no un fin en sí mismo. Los paganos, en cambio, veían en el ocio una virtud, pues solo podía enfrascarse en él quien fuese educado, noble, honorable. Pero el cristianismo acabó extendiéndose y para cuando Constantino lo descriminalizó en el año 313, trabajar ya no era una marca de denigración sino un signo de honra.

Eso representó un cambio en la concepción antropológica occidental: quien trabaja colabora con Dios en su obra creadora. Solo las personas pueden hacer eso: otros seres vivos también dan gloria al Creador, pero *siendo*, no *creando*. Por ende, la persona está revestida de una dignidad incommensurable. Una gran diferencia con cómo se consideraba a los esclavos en las sociedades paganas: herramientas vivientes, útiles si producían y desechables en cuanto dejaran de hacerlo (Aquilina y Papandrea, 2015, p. 90).

En la actualidad cunde una idea neopagana: la *valía* de una persona está determinada por lo que produce o puede producir. A eso nos referíamos al hacer notar los peligros de confundir la *valía* de alguien con el *valor* tasable de su trabajo.

¿Qué peligros representa esta confusión? ¿Qué repercusiones tiene específicamente en cuanto al trabajo femenino? Veamos.

Una causa contemporánea

Se analizará una causa del feminismo contemporáneo: la “paridad”. Es decir, la igualdad entre hombres y mujeres en cuanto

a su incursión en ciertos campos laborales y su participación en rangos directivos⁵.

Este análisis será crítico de la paridad, por dos razones: la primera, por su punto de partida, que la vicia desde su origen con una visión materialista. La segunda, por las posibles consecuencias societarias que podría acarrear su efectiva implementación.

Decir *efectiva* implementación es decir *forzosa*. En este contexto, efectividad es uso de la coerción gubernamental, por medio de la imposición de legislación y políticas públicas.

1. Primera razón del análisis crítico de la paridad: su punto de partida

En la narrativa feminista, el trabajo femenino solo dignifica a las mujeres, uno, si se puede cuantificar. Y dos, si esa cuantificación es igualitaria con relación a la del trabajo masculino. Antes hagamos una observación importante: el término dignificación, en la narrativa de marras, ha sido sustituido por “empoderamiento”.

Parece algo sin mayor relevancia, pero la tiene: *dignificación* significa reconocimiento (y sugiere disposición para la defensa) de esa condición de cada persona por el hecho de ser persona. *Empoderamiento*, en cambio, denota algo distinto: obtención de poder. Pero, ¿se trata de obtener poder *para* algo o poder *sobre* algo? ¿Sobre qué? ¿O sobre quién?

No hay que perder de vista ese giro en el discurso, sutil solo en apariencia. Por ahora volvamos a las premisas de la paridad en el mundo laboral.

Premisa 1: el trabajo femenino solo empodera a las mujeres solo si es medible

“Cuando hombre y mujer trabajan ambos a tiempo completo y tienen un hijo, ella comienza a hacer el doble de trabajo doméstico que él, y el triple de cuidado infantil. Así que ella termina con dos o tres empleos, mientras que él tiene uno. ¿Quién de los dos deja el trabajo cuando un adulto tiene que estar en casa?”, se pregunta Sheryl Sandberg, la COO de Facebook, en una charla que brindó en la serie TED⁶. La respuesta es obvia, pero no por las razones que ella apunta y que los medios corean: “Las mujeres no creen en sí mismas”, “Como sociedad presionamos más a los niños que a las niñas para que tengan éxito”, etcétera.



Es verdad que en la misma charla Sandberg sostiene que el trabajo del hogar es arduo y que aboga por equipararlo en consideración a cualquier otro que se realice fuera de casa. Es verdad que reconoce que mantenerse en el mundo laboral a toda costa *no* es la mejor opción para *todas* las mujeres. Pero las concesiones que hace a la realidad (antropológica, biológica, sociológica) no obstan para que el meollo de su disertación sea la proposición de que el trabajo femenino “retador, gratificante”, el único que hace sentir a quien lo realiza que está “haciendo una diferencia”⁷ es el remunerado que se hace fuera de casa.

Pero no cualquier trabajo remunerado fuera de casa es retador, gratificante y edificante. Solo cierto tipo.

Premisa 2: el trabajo femenino solo empodera a las mujeres si su remuneración o visibilidad son igualitarias con relación a las del trabajo masculino

“De 190 jefes de estado, solo 9 son mujeres. De los congresistas del mundo, solo 13% son mujeres. En el vértice del mundo corporativo, el porcentaje es de alrededor 15 o 16%... incluso en el ámbito de las organizaciones no lucrativas, las mujeres en las directivas conforman solo el 20%... Pienso que un mundo en el cual las mujeres dirijan la mitad de los países y la mitad de las empresas sería un mundo mejor”⁸ (énfasis añadido).

Por cierto, en este 2017, siete años después de que diera la charla citada, Sandberg se ha mostrado muy decepcionada porque las cosas no han ido en la dirección que ella desearía: “Cuando publiqué Lean In [en 2013], había 19 mujeres dirigiendo países. Hoy son 11... Esas tendencias se mantendrán o empeorarán, a menos que hagamos una intervención seria”⁹.

Obsérvese que para Sandberg, como para quienes piensan como ella, un mundo “mejor” es un mundo equitativo pero selectivo. Equitativo en el sentido de paridad (mitad mujeres, mitad hombres). Selectivo en cuanto a dónde debe tener lugar esa paridad: convenientemente, en las cúpulas corporativas y en los gabinetes de la alta política. No se escucha una sola promotora de la paridad exigir la para tropas de milicia, minería, trenes de aseo urbanos o estiba de buques.

Hay que decir que esa selectividad es congruente con la sustitución que cierto feminismo ha hecho de “dignidad” por “empode-

ramiento”. Simple y llanamente, se trata de obtención de poder. Y no poder para algo¹⁰ sino poder sobre alguien¹¹. En otras palabras, la pasión pro mujeres del feminismo contemporáneo no es tal. Tan solo hay que escudriñar un poco para observar su verdadero cariz: las mujeres no valen por lo que *son*, sino por lo que *hacen*.

¿De dónde proviene el “vales según lo que haces”?

Es evidente que el discurso que promueve la participación equitativa de las mujeres en (ciertas) esferas laborales, es el que prevalece hoy. Lo suscribe y publicita el *mainstream* de Hollywood y la esfera política de todos los lados del espectro ideológico.

Lo que ya no resulta tan obvio es la proveniencia de tal discurso. Hemos de señalarla porque la labor académica requiere objetividad epistemológica, es decir, compromiso con la búsqueda de la verdad, de lo que es, no de lo que nos gustaría que fuera¹². Dicha labor incluye estudiar el origen de los fenómenos societarios actuales. Eso con dos objetivos bien definidos. Uno: comprenderlos mejor. Dos: proponer soluciones para atajarlos si erosionan la cooperación social, luego de explicar los porqués de esa erosión.

Sugiero que este es el caso del fenómeno analizado: la causa paritaria puede devenir en arremetida antisocial y liberticida.

Examinemos entonces su proveniencia.

Ese “vales según lo que haces”, idea que no se explicita pero que sí subyace en la causa paritaria, constituye un retroceso con relación a esa idea fundacional de Occidente de “vales porque eres persona”. Pero ¿dónde se origina ese retroceso? Sugiero que en la puesta en práctica del marxismo leninismo¹³.

El materialismo del constructo de Karl Marx se fundamenta en la idea de que lo que llamaba pertenencia de clase, determina los juicios de valor que cada uno emite sobre sí mismo, sobre los demás, sobre el mundo y el lugar de cada uno en él. En otras palabras, lo material determina lo inmaterial: si naces en la clase proletaria, proletarios serán tu escala de valores, tus apreciaciones, tus ideas, tu lógica. Lo mismo si naces en la alta burguesía¹⁴.

Así, *el materialismo dialéctico despojó a la persona humana de su dignidad ontológica*. Como hemos analizado, esta tiene raíz cristiana, y se fundamenta en la idea de que cada ser humano es igual a otro pues por filiación divina todos son hijos del mismo padre. Esa igualdad se sustenta en la naturaleza humana (racionalidad



y capacidad de interioridad), y en la libertad (acoger o rechazar el amor divino se deja al albedrío de cada uno). Por lo tanto, el determinismo (von Hayek, 1998, 106-107), sea cientificista, fatalista, estamental, o filosófico como el materialismo marxista, al situarse en las antípodas del cristianismo mina la primacía de la dignidad de la persona.

Al despojar a la persona de su dignidad inherente, *el materialismo dialéctico contribuyó a disociar la economía de la ética, el derecho y la historia*. Si cultura e instituciones societarias se explican, erigen, modifican o destruyen en función de la “estructura” material en la cual se basan, lo que sigue lógicamente es un reduccionismo economicista¹⁵.

Esa estrechez reduccionista, que por cierto no solo ha permeado entre los adeptos del comunismo y algunas vertientes socialistas, sino también entre los promotores de ciertas corrientes liberales¹⁶, tiene una de sus expresiones más vociferantes en la causa paritaria. El tamaño de tu oficina, el monto de tu paga; el alcance de la compulsividad de las decisiones que tomes, las altas cotas que registre la métrica de tu visibilidad determinan cuán empoderada estás. *Tu valía no se reconoce en la esfera ontológica/antropológica por tu ser (persona de sexo femenino), sino que se mide en la esfera económica por tu tener (poder)*.

Vamos ahora a las consecuencias de la difusión e influencia del marxismo en el mundo, particularmente desde su puesta en práctica, y centrándonos en el tema que nos ocupa.

2. Segunda razón del análisis crítico de la paridad: sus consecuencias

Las promotoras de la paridad señalan a la desigualdad como siempre nociva. Y ciertamente lo es, si tal desigualdad es jurídica. Pero en Occidente este asunto fue zanjado. En nuestra civilización, la dignidad ontológica humana se ha traducido en igualdad ante la ley.

De manera que la denostada desigualdad entre hombres y mujeres en las altas esferas más bien constituye una disparidad. Las disparidades no son necesariamente perjudiciales, pero cuando malentendemos la lógica de la cooperación social y, al mismo tiempo, estamos en posición de influir en la opinión pública, la legislación o las políticas de gobierno, más que promotores del bien común nos convertimos en piedras de tropiezo.

Veamos por qué.

2.1. Desde una perspectiva jurídica: la paridad equipara “distinción” con “exclusión”

Un punto importante que debemos comprender es que disparidad, prejuicio, sesgo, discriminación y exclusión no son sinónimos, y por lo tanto es erróneo usarlos como términos intercambiables (Sowell, 2015, Cap. 1).

La disparidad en el número de hombres y mujeres que se desempeñan en altas esferas es un dato de la realidad, que se explica a partir también de la realidad de la vida. Las mujeres tienden a elegir profesiones y oficios, y a encauzar sus carreras en vías que sean compatibles con la fundación y crianza de una familia. Eso significa que es más probable que las mujeres en edad reproductiva, si se lo pueden permitir, se decanten por trabajos de medio tiempo, o que escojan retirarse temporalmente del mundo profesional remunerado para trabajar en su hogar durante los primeros años de sus hijos¹⁷. Para los hombres en los mismos rangos de edad (20-45 años), tener hijos funciona también como incentivo en cuanto al trabajo, pero a la inversa: convertirse en padres los hace trabajar con más ahínco y durante más horas. Eso se traduce en mayor ingreso y posibilidades de ascenso¹⁸.

Estas escogencias, tanto femeninas como masculinas, se caracterizan por dos rasgos muy importantes. Uno, son voluntarias. Dos, son congruentes con la lógica de la cooperación social. Es una obviedad señalar que las primeras instancias de cooperación societaria son matrimonio y familia, milenarias, pre políticas y anteriores a gobiernos y mercados. *Pero se hace necesario señalar lo obvio para señalar un error muy extendido: igualar decisiones libres de personas individuales, con exclusión de la protección de la ley (discriminación).* Las promotoras de la paridad no solo cometen ese error, sino que lo promueven con tanto ahínco, que han conseguido elevarlo a “sabiduría” popular.

2.2. Desde una perspectiva política, la paridad promueve políticas públicas erradas

El editorial del diario español El País del 8 de marzo de 2017 señalaba: “La tasa de población activa femenina es persistentemente inferior a la de los hombres en todo el mundo, incluidos los países más avanzados”. Eso, sumado a “la dificultad con que se avanza en la paridad”, sostiene su argumento de que la mitad

de la población mundial continúa sufriendo “discriminación por sexo” (énfasis añadido)¹⁹.

Es muy revelador observar cómo en la misma nota los editores de El País igualan la disparidad en el mundo del trabajo con la violencia física o psicológica ejercida contra las mujeres. Se ha vuelto un lugar común, tanto en el ámbito periodístico como en el de las políticas públicas, meter en el mismo saco dos temas que nada tienen que ver entre sí: las decisiones profesionales de los adultos en edad reproductiva, por un lado, y los delitos contra la vida y la integridad de las personas, por otro.

2.3. Desde una perspectiva económico-demográfica

● La paridad desincentiva el matrimonio y la formación de familias

Es verdad que las mujeres de alto desempeño encuentran gratificantes los frutos de su éxito y benefician con sus contribuciones a su sociedad. Pero esa contribución acarrea para muchas un costo: la soltería no deseada.

Y es que, desde una perspectiva económica, el matrimonio es un intercambio. En el “mercado matrimonial”, los hombres constituyen la curva de oferta. “Ofrecen” sus recursos (actuales o potenciales, de ahí aquello de “cásate con un chico con futuro”) para conseguir una esposa que potencialmente pueda cuidar a su futura familia. Las mujeres constituyen la curva de demanda. “Demandan” los recursos de los hombres para encontrar un esposo que potencialmente pueda proveer a su futura familia. Analicemos el caso hipotético de María.

Durante la última década, María, capaz y motivada, ascendió por la escalera corporativa (o política). Se ha movido en la curva hacia arriba: ya no “demanda” los recursos de un marido potencial. No los necesita. Se sienta a la mesa de las jefaturas y ha enganchado su propia casa. Pero ha llegado a la mitad de la treintena y continúa soltera involuntariamente. Se pregunta por qué hay tan pocos hombres dispuestos a casarse.

La explicación —desde la misma perspectiva económica— es plausible: si las mujeres ya no necesitan los recursos de los hombres, recursos que los hombres siempre estarán dispuestos a intercam-

biar si es menester, entonces las relaciones entre ambos sexos se hacen más difíciles porque los sólidos compromisos simplemente se hacen menos necesarios (y por ende menos susceptibles de emerger) por parte de los hombres (Regnerus, 2017, Cap. 2).

Eso en cuanto a la *disposición* de los hombres a contraer matrimonio. También hay que considerar la cuestión de la *disponibilidad*.

Añadamos al caso hipotético de María, los de Mario y Mariela.

Mario es un hombre exitoso de 38 años. En el “mercado” matrimonial, estaba en la curva de la oferta hasta que se casó hace ocho con Mariela, quien tiene la edad de María y con quien tiene dos hijos y un tercero en camino. Mariela ejerce su profesión trabajando en modalidad *freelance* tres mañanas por semana, desde su casa.

En términos cuantitativos y desde la perspectiva del sueño paritario, María contribuye más que Mariela a la sociedad en la que viven ambas. Pero la cooperación social, es decir, la suma de la contribución de cada integrante de la sociedad al bien común, prueba su beneficio solo en el largo plazo, cuando se evidencia que tan importante es todo lo que “no se ve” (no se cuantifica) como lo que “sí se ve” (estadísticas)²⁰.

Con una perspectiva no paritaria sino cooperativa y de largo plazo, la contribución de Mariela se dimensiona con justeza. Además, la paridad emerge como lo que es: una causa ideologizada, no un valor societario como la cooperación pacífica, ni una necesidad de justicia como la igualdad jurídica.

● La paridad ralentiza la población en el largo plazo

Si dos cónyuges trabajan a tiempo completo en carreras demandantes, durante los mismos periodos de tiempo (horas semanales/años laborados), tienden a tener pocos hijos o ninguno.

La oferta de ciertos bienes que solían ser dirigidos a familias con más de un hijo —unidades habitacionales, por ejemplo— ha cambiado para explorar el nuevo nicho, la familia en la que ambos cónyuges trabajan a tiempo completo de manera permanente. Los precios de las viviendas en núcleos urbanos se ha disparado a medida que lo ha hecho el número de familias sin hijos o con uno solo. Los desarrolladores de espacios en los centros de las ciudades diseñan para, y cuentan con, familias con dos ingresos permanentes.

Los precios de las escuelas privadas, lo mismo. Los hijos pasan más tiempo en actividades extracurriculares o clases de refuerzo



porque no hay quien los supervise en casa; ambos padres están trabajando. Las actividades extra aula y los materiales requeridos para las mismas elevan el costo de la factura escolar.

Así se genera un círculo que debe analizarse en el largo plazo. Menos hijos elevan los costos de vivienda y educación. Esta subida desincentiva tener hijos o tener más de uno. O si se los tiene, incentiva el trabajo de ambos cónyuges fuera de casa de manera permanente porque un solo ingreso se hace insuficiente.

Este tema constituye toda una línea de investigación, en la que no se ahondará por exceder el alcance de este trabajo. Pero sí hay que hacer notar hallazgos encontrados. Unos señalan la mayor inversión por hijo que hacen progenitores que trabajan²¹. Otros advierten que el declive demográfico en las sociedades occidentales puede transformar nuestra civilización de manera irreversible²².

Claro está que el invierno demográfico no se debe principal o únicamente a la causa paritaria que estamos diseccionando, pero también resulta claro que esta lo incentiva o, como mínimo, no lo desincentiva. De ahí su nocividad: ninguna civilización ha sobrevivido al desplome de su población (Last, 2013, cap. 5).

2.4. Desde una perspectiva ética, la paridad promueve la infantilización de la sociedad

Suzanne Benker²³ y Theodore Dalrymple (Dalrymple, 2010, Introducción) son dos autores que, desde abordajes distintos, exploran en sus artículos y obras el discurso del “tenerlo todo” tan prevaleciente en las sociedades actuales, y que inevitablemente subyace en la causa paritaria.

Sus promotoras sugieren que es posible tener todo: carrera absorbente, éxito profesional y económico, matrimonio feliz, hijos bien criados, salud y energía física, paz interior, hogar bien cuidado, cultivo de la propia vida interior, intelectual y espiritual, de relaciones afectivas con familia extendida y amigos, tiempo para causas cívicas o filantrópicas.

El problema con esta postura no es que anime a las mujeres a apuntar alto, sino que *no reconoce la imposibilidad de hacerlo y tenerlo todo al mismo tiempo*. La negación de asumir la realidad de la vida y la naturaleza de la acción humana e interacción humanas es un rasgo de sociedades cada vez más infantilizadas.

Un chiquillo por lo general no muestra disposición a posponer gratificaciones inmediatas, ni tiene por qué mostrarla. Ahí radica precisamente el rol insustituible e intransferible de la familia:

educar a los hijos para que entiendan su ineludible conexión con otros y con un entramado de normas que posibilitan el bien común.

Que los niños se porten como niños no constituye un problema para la sociedad. Pero que los adultos se porten como niños, sí. Y el “tenerlo todo (al mismo tiempo)” es un discurso que muestra más cortoplacismo infantil que sana ambición adulta.

2.5. Desde una perspectiva filosófica, la paridad resulta atávica

Bien mirada, la causa paritaria es una narrativa decimonónica. Sostiene: a) que las mujeres, por serlo, están en desventaja social desde todas las ópticas posibles (*determinismo dialéctico*); b) que las diferencias psicobiológicas entre hombres y mujeres son constructos culturales desechables (*superestructuras*); c) que es menester empoderar a las mujeres vía forzamiento de la paridad en las altas esferas (*cambio de estructuras*); d) que la valía de alguien está en función del valor remunerado de su trabajo (*materialismo*); y, e) que la escogencia de muchas de trabajar en el hogar en lugar de hacerlo por una remuneración fuera del mismo, debilita al sexo femenino (*alienación de la clase subalterna*).

Así, el afán paritario viene a ser un anacronismo que ignora el siglo y medio transcurrido desde la formulación del constructo marxista. Entre otros cambios por fortuna irreversibles en Occidente, las mujeres han conseguido la única paridad posible y deseable, la igualdad jurídica, y el trabajo del hogar se ha hecho mucho más fácil. Imaginemos cuán duro era el día de una mujer con hijos antes del agua corriente, las medicinas y los electrodomésticos.

La visión de Friedrich Engels —coautor junto con Marx del *Manifiesto Comunista*— de las mujeres como clase oprimida, no carecía por completo de sentido en 1884, cuando publicó *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el estado*. Pero hoy, pregonar opresión y discriminación de las mujeres *qua* mujeres, constituye en el mejor de los casos un atavismo mal informado, y en el peor, un intento de imposición de agendas antisociales.

Conclusión: el trabajo femenino en una sociedad realmente próspera

Si el trabajo constituye una actividad privativa de seres racionales y detentadores de una dignidad inmensurable, entonces su remuneración únicamente señala el *valor* de ese trabajo en



un mercado determinado, pero nunca define la *valía* de quien lo realiza ni lo *valioso* que resulta para la cooperación social.

La pretensión paritaria es reduccionista en lo que al trabajo femenino se refiere, al equiparar valor/*valía*/*valioso*, como si fuesen intercambiables. Esa pretensión se ha traducido en un cúmulo de legislación y políticas públicas erradas, que se compendia en el eslogan de ONU *Mujeres: Por un planeta 50-50 en 2030*. Cuán improductivo es eso, será el tema de otro trabajo. Pero se puede empezar a dimensionar tan solo preguntando cuánto cuesta esa pretensión y cuánto seguirá costando, sobre todo en costos humanos.

Eso nos lleva a la conclusión —y al título— de estas páginas: el trabajo femenino en una sociedad *realmente* próspera. Enfatizamos “realmente” porque la prosperidad no está contenida en una cifra macroeconómica, PIB o tasa de crecimiento anual pongamos por caso, ni la definen estadísticas (paridades, minorías, mayorías). La prosperidad obviamente significa salida de la precariedad material, pero también define y es definida por un entramado societario funcional. Este ciertamente pasa por mercados abiertos, sistemas operantes de justicia y gobiernos limitados, pero en nuestro examen de la lógica de la cooperación social y la consecución del bien común, no debemos ignorar la importancia capital de las instituciones cooperativas prepolíticas: matrimonio y familia.

Ni el uno ni la otra se sustentan sin el trabajo femenino que les da forma y permanencia. Es evidente que ese trabajo no es igualitario con el rol que en las mismas instituciones desempeñan los hombres. Pero si nos interesa la preservación de la civilización occidental, de la cual ha surgido para el mundo todo lo que consideramos edificante y dignificante para las personas, es fundamental que comprendamos que, en una sociedad realmente próspera, hay que dimensionar el trabajo femenino con amplitud de miras.

Eso significa que, en lugar de intentar cambiar la realidad de la naturaleza humana, debemos entender cómo funciona.

En lugar de imponer nuestras miras ideológicas en grupos humanos, debemos asumir el hecho de que hombres y mujeres eligen racionalmente lo que saben mejor para ellos.

En lugar de forzar nuestras miras constructivistas en las sociedades por la vía de coacción política, debemos respetar vidas y escogencias ajenas, usando la palestra pública solo para su fin legítimo: persuasión, nunca imposición.

Y, finalmente, en lugar de juzgar el trabajo femenino con un lente economicista, debemos ponderar su colosal contribución a

cualquier sociedad que quiera alcanzar o preservar su prosperidad, en el sentido más amplio de la palabra.

Notas

- 1 Este texto fue presentado por la autora en el XVIII Congreso de Teología *Un alma para el trabajo profesional*, de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma, Italia, el 19 de octubre de 2017. Se publica aquí con los debidos permisos.
- 2 Cultura como trata el término el profesor Thomas Sowell en sus obras y su programa de investigación en economía. Es decir, como el conjunto de maneras particulares de lograr las cosas que hacen posible la vida en sociedad. La cultura por tanto incluye las formas de organización familiar, normativa, política, de obtención y transmisión del conocimiento, y de incentivo o restricción de ciertas conductas.
- 3 En forma de sueldo, salario, honorarios, regalías o utilidades empresariales.
- 4 Cinco siglos después del surgimiento del cristianismo, en Europa se fundarían los monasterios benedictinos bajo el lema de *ora et labora*, reza y trabaja, y en ellos se preservaría durante casi un milenio el legado de la cultura clásica, en peligro luego de la migración de los pueblos bárbaros del norte hacia el derrumbado Imperio Romano. Los monjes buscaban la santificación por la vía de hacer trabajo duro y bien hecho: su trabajo era otra forma de orar incesantemente.
- 5 Sheryl Sandberg, *Chief Operative Officer* de Facebook, es una de las más visibles promotoras de la paridad. Su organización *LeanIn* existe para impulsar su meta de que “las mujeres dirijan la mitad de los países y empresas, y que los hombres dirijan la mitad de los hogares”.
- 6 Publicada en You Tube el 21 de diciembre de 2010. Traducción propia. Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=18uDutylDa4>
- 7 Ídem.
- 8 Ídem.
- 9 En un intercambio con Adam Silver, comisionado de la NBA estadounidense. Traducción propia. Ver: [123](http://www.espn.com/esp-</div><div data-bbox=)

nw/voices/article/19019838/qa-sheryl-sandberg-nba-commissioner-adam-silver-gender-equality

- 10 Entendido de esta forma, puede afirmarse que el objetivo de las feministas clásicas (las de la primera ola) ha sido conseguido en Occidente desde hace décadas. Se resume en igualdad ante la ley: *poder para* contratar, contratarse, pignorar los bienes propios, obtener pasaporte, salir del país, trabajar fuera de casa sin permiso expreso del marido, votar y postularse para cargos públicos, estudiar cualquier carrera y desempeñar cualquier profesión.
- 11 Sobre otros. Es decir, poder político. Pero aclaremos algo: el poder político per se no es una cosa nociva. De hecho, la autoridad legítima gubernamental se funda en el hecho de que quien la ejerce detenta poder político. Pero cuando se le busca y se le ejerce para servir intereses sectarios (por ejemplo, elaboración de legislación hecha a la medida de grupos que hacen activismo ideológico de género), el poder pasa entonces a convertirse en una herramienta que envilece el Derecho y aniquila la Justicia. Lord Acton (1834 –1902) decía que el poder tiende a corromper, y que el poder absoluto corrompe absolutamente. Más que una frase ingeniosa, es una observación certera sobre la naturaleza tanto de la acción humana como del poder político. La Historia nos enseña que este puede ser adictivo, y si a su ejercicio no se le establecen límites, lo más probable es que quien lo detente lo use en beneficio propio y de sus allegados, y en detrimento de quienes no lo son. *Hubris* y pulsión autoritaria a nadie le resultan ajenos.
- 12 La ideología, entendida como un conjunto de ideas acerca de cómo debería funcionar el mundo y como deberían ser las cosas, ciertamente tiene su lugar en la arena política, o en la formación de activistas. Pero no tiene cabida en la academia, a menos que se la circunscriba a objeto de estudio como lo que es: un tema de teoría política o de historia de la modernidad.
- 13 Una edición de la revista del Acton Institute (Spring 2017 | Volume 27 | Number 2. *Religion & Liberty: Memory, Justice and Moral Cleansing*) trata de las repercusiones que han tenido en los últimos 100 años la serie de eventos que comenzó con la Revolución Bolchevique y que significó la instauración en Rusia del primer régimen totalitario de la historia. Ver: https://acton.org/sites/acton.org/files/issue-pdf/RL_27-2_Web.pdf
- 14 Aquí hay una fisura considerable en el pensamiento marxista: Karl Marx era un burgués, por nacimiento y por matrimonio. No hay congruencia entre sus inflamadas diatribas anti burguesas y su propia

pertenencia de clase. Su persona era la refutación viviente de su materialismo: sus condiciones de vida no fueron, ni siquiera en las épocas de estrechez (que las tuvo), remotamente similares a las de los obreros fabriles de la Inglaterra del siglo XIX. Quizá por eso dividió a la burguesía en dos: la pequeña burguesía y la alta burguesía. La primera era susceptible de ser redimida: uno de los objetivos del estadio anterior al paraíso comunista era el socialismo, esa etapa donde, entre otras cosas, se educaría a la pequeña burguesía para el estadio definitivo que vendría. La alta burguesía, por supuesto, resultaba irredimible, y como tal no cabía más que su aniquilación antes de pasar del socialismo al comunismo. Marx era un pequeño burgués. Pero no su amigo y mecenas Friedrich Engels, heredero de una fortuna hecha durante la Revolución Industrial tan denostada por Marx. Que el autor haya contemplado redención para sí pero no para su benefactor en el mundo que plasmó en sus escritos, sustenta el argumento que hacemos de la endeblez de su determinismo materialista.

- 15 Sobre cómo la economía no debe entenderse aislada de las dimensiones filosófica y teológica en el mundo actual, ver el artículo de Samuel Gregg, *First Things and the Market Economy: A Response to R. R. Reno*, en el sitio The Public Discourse, publicado el 20 de septiembre 2017. Ver <http://www.thepublicdiscourse.com/2017/09/20106/>
- 16 Ídem, todo el penúltimo párrafo.
- 17 *Lean out*, en inglés. De ahí la promoción de “lean in” por Sheryl Sandberg y su organización. Es decir, la promoción de la idea de que las mujeres se mantengan en el ámbito profesional remunerado aun si tienen hijos pequeños.
- 18 Ryan T. Anderson en Forbes: *Making the Case for Traditional Parenting*. Ver: <https://www.forbes.com/sites/realspin/2015/07/22/making-the-case-for-traditional-parenting/#53192a2343b6>
- 19 Ver: https://elpais.com/elpais/2017/03/07/opinion/1488915258_545265.html
- 20 El célebre ensayo de Frederic Bastiat, *Lo que se ve y lo que no se ve*, señala precisamente este punto. Ver: <http://bastiat.org/es/lqs-vylqns.html>
- 21 Gálvez Muñoz y Rodríguez Modroño, *Rigidez y flexibilidad en los mercados de trabajo en España. Una visión de largo plazo*. Ver: <http://www.economiaandaluza.es/sites/default/files/Rigidez%20>

y%20flexibilidad%20en%20los%20mercados%20de%20trabajo%20en%20Espa%C3%B1a.pdf

- 22 *Demographic Winter, the decline of the human family*, el documental de Acuity Productions de 2008, señala como una de las cinco causas del invierno demográfico el engrosamiento por parte de las mujeres de la fuerza laboral remunerada.
- 23 Ver el artículo del 19 de septiembre de 2017 de Suzanne Venker: *7 Reasons Why I'm Not a Feminist*. Ver: <https://www.suzannevenker.com/single-post/2017/09/19/7-Reasons-Why-Im-Not-a-Feminist>

Referencias

- Aquilina, M. y Papandrea, J. L. (2015). *Seven Revolutions. How Christianity Changed the World and Can Change It Again*. Nueva York: Image, Crown Publishing Group.
- Dalrymple, Theodore (2010). *Sentimentalismo tóxico: cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. La edición consultada fue la traducida al castellano por Dimitri Fernández Bobrovski. Madrid: Alianza Editorial.
- Engels, Frederick (1884). *The Origin of the Family, Private Property and the State*. La edición consultada fue la versión para Kindle de Amazon.
- Giddens, Anthony (1992). *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love & Eroticism in Modern Societies*. Cambridge: Polity Press in association with Blackwell Publishers. La edición consultada fue la versión para Kindle de Amazon.
- La Biblia de Latinoamérica, Edición Pastoral* (1989). Madrid: Editorial San Pablo y Editorial Verbo Divino.
- Last, Jonathan V. (2013). *What to Expect When No One Is Expecting: America's Coming Demographic Disaster*. Nueva York: Encounter Books.
- Regnerus, Mark (2017). *Cheap Sex: The Transformation of Men, Marriage, and Monogamy*. Nueva York: Oxford University Press. La edición consultada fue la versión para Kindle de Amazon.
- Sandberg, Sheryl, y Scovell, Nell (2013). *Women, Work, And The Will To Lead*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

- Sowell, Thomas (2015). *Wealth, Poverty and Politics: An International Perspective*. Nueva York: Basic Books.
- Venker, Suzanne (2014). *The Two-Income Trap: Why Parents Are Choosing to Stay Home*. Franklin, Tennessee: Post Hill Press. La edición consultada fue la versión para Kindle de Amazon.
- Sunshine, Glenn S. (2009). *Why you think the way you do: the story of western worldviews from Rome to home*. Grand Rapids (Michigan): Zondervan.
- Von Hayek, Friedrich A. (1998) *Los Fundamentos de la Libertad*. Madrid: Unión Editorial.